

en **La hora robada**, se vive fuera de la realidad cotidiana: reina lo maravilloso, el ensueño.

SERGIO VODANOVIC (1926) empezó su producción con **El príncipe azul** (1947), pieza en un acto. En 1952 estrenó un drama tenso y bien estructurado, **El senador no es honorable**, obra distinguida con cuatro premios de categoría. Añadé, en 1953, una comedia liviana, **MI mujer necesita marido**, llevada en Méjico al cine. De igual índole es **La cigüeña también espera** (1953). La más alabada de sus creaciones apareció en 1959 con el bello título de **Deja que los perros ladren**. Podría establecerse cierta similitud de motivos entre esta obra y las novelas **El cepo** (1958), de Jaime Laso, y **En vez de la rutina** (1959), de Waldo Afias. En las creaciones livianas puede rastrearse, por los gustos y tendencias, la presencia de Jardiel Poncela. Vodanovic admira a Arthur Miller, el recordado autor de **Todos son mis hijos**. Su teatro rebasa lo nacional al enfocar problemas humanos universales, como la desorientación juvenil, la ausencia de ideales directrices, la lucha entre valores fundamentales y valores secundarios. Su profesión de abogado confiere cierto matiz logicista a sus obras. Cabe hacer notar que Sergio Vodanovic estudió técnica teatral en la Universidad de Columbia con Eric Bentley y en la Universidad de Yale con John Gassner. Sus personajes, por la tendencia de Vodanovic a la síntesis, suelen dar la impresión de seres descarnados, pero en el fondo resultan auténticamente humanos. **Viña** obtuvo el Premio Municipal en 1965, junto con **Ayayema**, de María Asunción Requena. La obra **Nos tomamos la universidad** fue señalada por la Agrupación de Periodistas de Espectáculos de Santiago y el Círculo de Críticos de Arte como la mejor obra de 1969.

En **FERNANDO CUADRA** (1927), desde sus primeras producciones, nacidas al calor de García Lorca, es posible observar una decidida vocación hacia lo original. En 1945 publica **La encrucijada**, drama psicológico en que los personajes se detienen a examinar la esencia espiritual que se les ha asignado. En 1948, **Las Medeas** añade un nuevo elemento a su progreso. **La Ciudad de Dios** (1949), misterio medieval trágico que persigue una síntesis de lo ideal y lo concreto, despierta juicios encontrados en la crítica teatral. Pesa sobre sus producciones una nota de soledad que traduce la inquietud del artista por encontrar su propio camino. En **Las murallas de Jericó** (1950), tragedia con aroma bíblico, logra una expresión cabal de los problemas

que conmueven al mundo de nuestros días. En 1951, Fernando Cuadra estrenó con éxito **Elisa**, fábula risueña, discordante con la seriedad temática preferida por él. El matiz criollo que allí se presiente anuncia cambios en el teatro de Cuadra. Después de publicar **La desconocida** (1954), añade a sus experiencias la que otorgan los viajes. Conoce y estudia los ambientes teatrales de España, Francia, Italia y Portugal, y allí brota una fórmula en que **lo humano y lo técnico, lo social y lo estético** hunden sus raíces en un nacionalismo trascendente. **La vuelta al hogar**, estrenada en 1955 en Madrid, fue la primera realización de esta idea. Esta obra aporta un antecedente útil para la interpretación de **Dofia Tierra** (1956). En 1958 escribió **El diablo está en Machalí**, seguida en 1960 por **El mandamás y Rancagua**, 1914, producción de índole histórica. En 1966, basado en un suceso real de trascendencia sociológica, compuso **La niña en la palomera**, recibida con juicios muy dispares de la crítica, pero de innegable éxito. El arte de Fernando Cuadra es bien delineado; sus diálogos son fluidos y jugosos. Sabe anar con tino lo poético y lo prosaico de la vida.

ISIDORA AGUIRRE (1919) ha escrito obras elogiadas por la crítica teatral, como **Las Pascuales** (1957) y **La pérgola de las flores** (1960), en colaboración esta última con Francisco Flores del Campo. Anteriormente había publicado **Pacto de medianoche** (1954) y **Carolina** (1955). En sociedad con Manuel Rojas compuso **Población Esperanza** (1959).

GABRIELA ROEPKE (1920) dramatiza conflictos humanos derivados del enfrentamiento del hombre con su realidad o circunstancia. La conciencia de la soledad del ser humano en el universo; la certidumbre de la muerte al final de cada línea vital, pueden despertar el espíritu de lucha en el individuo o llevarlo a la autodestrucción. Gabriela Roepke, conocedora de la psicología de sus personajes, plantea situaciones de agudo suspense en que se insinúan posibilidades diversas de solución. Una onda lírica suave comunica rasgos de emotividad subyacente y fina a sus héroes. Los estudios de arte dramático realizados en Estados Unidos la ayudan en su afán de universalizar sus creaciones, sin romper los nexos entre el arte y la realidad. Entre las obras de Gabriela Roepke sobresalen **La invitación** (1954), **Los culpables** (1955), **Las santas mujeres** (1955), **La telaraña** (1958), **Una mariposa blanca** (1958), **Juegos silenciosos** (1959) y **Los peligros de la buena literatura** (1959).